

El campo de la comunicación: territorio de intervención para la transformación social

The field of communication: a territory for intervention in social transformation

O campo da comunicação: um território de intervenção na transformação social

—

Diego Martín JAIMES

UNLP

Argentina

perio.unlp.edu.ar

Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación
N.º 162, agosto-noviembre 2026 (Sección Tribuna, pp. 17-28)
ISSN 1390-1079 / e-ISSN 1390-924X
Ecuador: CIESPAL
Recibido: 22-07-2026 / Aprobado: 08-17-2026

Resumen

Este artículo ofrece una reflexión sobre la formación en comunicación en América Latina desde una perspectiva generacional. Se examinan las corrientes teóricas que marcaron la trayectoria académica de quienes se formaron en las últimas décadas —desde la crítica a la industria cultural y los estudios de manipulación mediática, hasta el giro hacia las mediaciones culturales y la comunicación popular y alternativa—, mostrando cómo estas perspectivas permitieron comprender a los medios no solo como transmisores de información, sino como constructores de sentido y de hegemonía. Se plantea, además, el desafío que representan las nuevas tecnologías y transformaciones culturales del presente, sosteniendo que la apropiación de marcos teóricos continúa siendo clave para dimensionar la complejidad de la realidad social. El texto concluye reivindicando la comunicación como un campo de intervención concreto, orientado a la transformación social, y no únicamente como objeto de descripción o análisis.

Palabras clave: comunicación y transformación social; formación en comunicación; pensamiento crítico latinoamericano; mediaciones culturales; comunicación popular y alternativa; industria cultural

Abstract

This article offers a reflection on communication education in Latin America from a generational perspective. It examines the theoretical currents that shaped the academic trajectory of those trained in recent decades —from the critique of cultural industry and studies on media manipulation, to the shift toward cultural mediations and popular and alternative communication— showing how these perspectives made it possible to understand the media not only as transmitters of information, but as constructors of meaning and hegemony. It also addresses the challenges posed by new technologies and present-day cultural transformations, arguing that the appropriation of theoretical frameworks remains essential for grasping the complexity of social reality. The text concludes by reaffirming communication as a concrete field of intervention oriented toward social transformation, and not merely as an object of description or analysis

Keywords: communication and social transformation; communication education; Latin American critical thought; cultural mediations; popular and alternative communication; cultural industry

Resumo

Este artigo apresenta uma reflexão sobre a formação em comunicação na América Latina a partir de uma perspectiva geracional. São examinadas as correntes teóricas que marcaram a trajetória acadêmica de quem se formou nas últimas décadas —desde a crítica à indústria cultural e os estudos sobre manipulação midiática, até a virada em direção às mediações culturais e à comunicação

popular e alternativa—, mostrando como esas perspectivas permitieron comprender los medios de comunicación no apenas como transmisores de información, mas como constructores de sentido e de hegemonia. Aborda-se, ainda, o desafio representado pelas novas tecnologias e transformações culturais do presente, sustentando que a apropriação de marcos teóricos continua sendo fundamental para dimensionar a complexidade da realidade social. O texto conclui reivindicando a comunicação como um campo de intervenção concreto, voltado à transformação social, e não apenas como objeto de descrição ou análise.

Palavras-chave: comunicação e transformação social; formação em comunicação; pensamento crítico latino-americano; mediações culturais; comunicação popular e alternativa; indústria cultural

Introducción: la encrucijada del presente

La complejidad del escenario actual en nuestra región se presenta como un gran desafío para quienes ejercemos la vocación, la práctica y el oficio de la comunicación, y nos dedicamos a la formación de nuevas generaciones de profesionales en diversos ámbitos: las universidades, las escuelas en distintos niveles, los ámbitos de posgrado y especialización, los medios y actores de la sociedad civil que se interesan por estos temas como un recurso estratégico para el cambio social. Nos referimos a una amplia, extendida y diversa comunidad de personas, grupos, organizaciones e instituciones que hemos encontrado en este campo un lugar desde donde analizar los fenómenos sociales, comprender los problemas centrales de nuestras sociedades y proponer alternativas de transformación social desde la práctica concreta y desde la acción colectiva.

Esta suerte de red social construye sus propios mapas de relaciones, a nivel nacional, latinoamericano y global, y se inserta a la vez en una trama histórica que genera marcas de identidad política. El Festival Juntanza por la Comunicación de Nuestra América¹, reunido en la ciudad de Quito en el mes de marzo de 2026, es una prueba de ello: se han puesto en juego allí tanto las tradiciones históricas de la educación y comunicación popular latinoamericana como los horizontes actuales y futuros que proponen las nuevas generaciones y escenarios tecnológicos.

Proponemos entender a la comunicación aquí como *un derecho que posibilita otros derechos* (Uranga, 2019) y opera como una trama dinamizadora de signos, discursos, representaciones e imaginarios que atraviesan la dinámica política de las sociedades. Desde la comunicación podemos asumir una posición crítica sobre las lógicas concentradoras del poder y su apropiación por parte de unas minorías -como puede advertirse en el contexto político global hoy-, y proponer

1 www.juntanza.org

alternativas de organización y gestión de los recursos en pos de la ampliación de posibilidades de una vida digna para el conjunto de sus habitantes. Nos referimos a la acumulación de riqueza material y simbólica, que en el escenario actual se vincula con la apropiación de bienes para el desarrollo de la industria del conocimiento, en la cual nuestros países parecen quedar nuevamente relegados a la producción de materias primas desde una posición dependiente de corporaciones y países que desarrollan el valor agregado.

Como lo señaló la Declaración Final de la *Juntanza*: “La defensa y el ejercicio del derecho a la comunicación y a comunicar es indispensable para construir sociedades que se sustenten en el bien común y sean habilitantes de otros derechos, desde la equidad, pluralidad, diversidad y la libertad de expresión”. Un reto clave para nuestro sector será vincular la declaración y la acción: como en tantos otros momentos históricos, nos toca identificar los rastros por donde encaminar estrategias de acción transformadora con perspectiva soberana.

En tiempos donde no solamente los clásicos conglomerados nacionales de comunicación e información sino también empresas tecnológicas de carácter global amenazan con hegemonizar la producción de sentido, información y conocimiento en alianza con fuerzas políticas neoliberales y conservadoras, dejando a su paso la exclusión de gran parte de la población y un fenomenal saqueo de los recursos y bienes de la naturaleza, nos toca no solamente compartir diagnósticos profundos sino, especialmente, planes y proyectos estratégicos de organización de la sociedad donde la comunicación ocupe un lugar central. Sin entender a la comunicación solamente como producción mediática o como articuladora de tecnologías, sino como posibilitadora de reflexión, diálogo y construcción de alternativas políticas emancipatorias. Cuáles serán los actores, a partir de qué lineamientos en común, desde qué enfoques y perspectivas, y en contraposición a qué intereses, son parte de los debates a profundizar a la hora de definir estrategias de capacitación, educación y formación en comunicación.

Los resultados de un estudio empírico en Argentina

En junio de 2026 se presentaron los primeros datos de una investigación realizada por REDCOM -una de las redes que nuclean a las carreras de comunicación de Argentina- junto con graduados y graduadas de 37 universidades públicas de todo el país². Algunos resultados son elocuentes porque dan cuenta del grado de satisfacción de las y los comunicadores argentinos con la formación recibida; la relación entre la formación teórica y la práctica, y una evaluación sobre la experiencia de desempeño laboral y profesional. Allí, un 78% de las personas encuestadas señala una alta conformidad con el proceso de aprendizaje; y un número similar manifiesta estar trabajando profesionalmente en una actividad vinculada con su formación. Sin embargo, los datos vinculados al empleo

2 <https://www.redcomargentina.com.ar/>

presentan claroscuros: el 60% señala trabajar en muchos puestos a la vez -lo que denominamos habitualmente *pluriempleo*- y un 63% dice no estar conforme con su remuneración.

Respecto de los saberes profesionales requeridos, prácticamente todas las personas que respondieron la encuesta -96%- consideran que el perfil más demandado en comunicación se vincula con un profesional que posee múltiples habilidades y conocimientos: el famoso *multitasking*.

Por último, los graduados y graduadas evaluaron la formación práctica recibida: la mayoría señala su conformidad con las prácticas *académicas*, pero muchas -casi la mitad- no recibieron -o consideran negativa- la formación en prácticas de tipo *pre-profesional* desarrollada durante su formación en comunicación a nivel universitario.

Este estudio -que se realizó en Argentina pero entendemos que puede dar pie a una discusión más extensa, a nivel regional- ofrece elementos para la discusión. Se podrá decir que no abarca a las personas que trabajan efectivamente en roles y tareas comunicacionales y no han registrado estudios universitarios, es cierto. O a aquellas que han iniciado sus estudios pero por motivos diversos no los han completado, lo cual también es posible. Porque como sabemos, la comunicación es una práctica social que se ha ejercido históricamente *de hecho*, y es posible encontrar excelentes profesionales de la comunicación que no han desarrollado una formación acreditada. Pero, contrariamente a un imaginario también extendido que considera irrelevante la formación teórica, diremos aquí que según nuestra perspectiva la apropiación de categorías conceptuales es clave para poder dimensionar la complejidad de la realidad social, a partir de nociones *llave* que, a modo de caja de herramientas, permitan al sujeto profundizar su reflexión y su pensamiento crítico. Obviamente, sin que aprender teoría signifique repetir ideas vertidas por autores de renombre sino que promuevan cambios y rupturas en el sentido común, ese que se construye, hoy en día, desde la vida cotidiana en el manejo de todo tipo de medios y tecnologías. Porque como señalan Huergo y Fernández (2000) en toda práctica habitan *teorías mudas*, que dan sentido y significan de modo dominante un conjunto de hábitos comunes en la propia acción:

Cada práctica supone un horizonte de pensamiento, una «filosofía» o una «teoría» que le otorga sentido, pero que pocas veces está elaborada y explicitada como tal, sino que está operante en la práctica y operando sobre ella; es decir, es una filosofía o teoría «muda», que no está dicha o explicitada, pero que es producida culturalmente como un campo de significación. (p.3)

¿Cuáles son las teorías que dan sentido hoy a las prácticas de las y los comunicadores en el ejercicio de su rol y su profesión? ¿De qué modo están presentes hoy y en un horizonte futuro de transformación las diversas corrientes, enfoques, métodos y paradigmas del campo de la comunicación?

Una revisión de nuestras prácticas de formación

Quienes nos formamos en alguna de las tantas universidades públicas latinoamericanas en las últimas tres o cuatro décadas, asistimos a la posibilidad de realizar una lectura crítica de los medios de comunicación todavía en su faz moderna: la prensa escrita, la radio, la televisión, el cine, eran los espacios privilegiados de construcción del sentido en las sociedades de masas. El concepto de *industria cultural* nos permitió conocer estos fenómenos como un todo, sin aislar los procesos culturales de los modelos económicos imperantes. Esa perspectiva pudimos contraponerla con los modelos de investigación en comunicación de masas de matriz estadounidense, que intentaron desde los inicios de los estudios mediáticos valorar el alcance que un mensaje podía obtener multiplicando sus posibilidades tecnológicas. Aprendimos la posibilidad de la manipulación de los sujetos a través de los medios de comunicación. Conocimos la relación entre la construcción de agendas públicas a través de la oferta de temas impuesta por los medios masivos y su relación con los procesos electorales. Incorporamos la importancia de los líderes de opinión como agentes sociales mediadores entre las audiencias y quienes producen información a diario. Reconocimos a los medios como soportes de ideologías dominantes, y su rol en la construcción de hegemonía, entendida como una forma de dominación que no requiere hacer uso de la fuerza física.

Nuestras ciudades latinoamericanas, transformadas por los desplazamientos humanos desde el campo a las periferias urbanas, ya sea por motivos económicos, políticos o de conflictos armados -siempre en la búsqueda de una mejor vida-, fueron escenario de nuevos análisis culturales, y como región produjimos nuestro propio pensamiento comunicacional. Muchas de aquellas familias probablemente habían pasado por las escuelas radiofónicas que hacen de nuestra experiencia comunicacional y educativa una tradición reconocida como fundante del campo en nuestro continente, y como han señalado autoras como Alfaro (1990) o Mata (1989) encontraron en su vínculo con los medios de comunicación -especialmente la radio- en las ciudades una forma de relación con su propia identidad que a la vez les permitió resignificarla. Así, fuimos comprendiendo a los medios como constructores de sentido, y no solo como transmisores de información. A partir de las teorías críticas, estudiamos a los medios como factores de manipulación; comprendimos el pasaje de los medios a las mediaciones y su profunda vinculación con las características de la recepción en América latina; vimos a los medios como difusores de innovaciones en la época de la comunicación para el desarrollo, siendo vehículo de saberes y actitudes “modernas” a las cuales como sujetos de aquel nuevo presente debíamos adscribir; encontramos en la comunicación popular y alternativa una identidad estratégica para combatir los discursos dominantes y producir colectivamente otra información, otras noticias, desde otras voces, marginadas, subalternas.

Aprendimos también que los cambios tecnológicos producen transformaciones culturales: en nuestra manera de estar en el mundo, de ver, de vernos, de conocer y de conocernos. Martín-Barbero nos permitió ver que “El lugar de la cultura en la sociedad cambia cuando la mediación tecnológica de la comunicación deja de ser meramente instrumental para espesarse, densificarse y convertirse en estructural: la tecnología remite hoy no a unos aparatos sino a nuevos modos de percepción y de lenguaje, a nuevas sensibilidades y escrituras” (2002). Tenemos el desafío de comprender, en este tiempo, hasta dónde llega esta profunda transformación humana.

También usamos a los medios para la educación: incorporamos la televisión en la escuela, hicimos radios escolares, creamos nuestro periódico y lo repartimos en el barrio o el pueblo, y -a la manera de Freinet- las ideas y pensamientos de las y los estudiantes de escuelas dejaron de ocupar un cuaderno individual para hacerse voz pública³.

Durante mucho tiempo en América latina estuvimos preocupados por la alta concentración mediática e informativa. En 1980, el Informe Mc Bride nos había alertado sobre la imposibilidad de ejercer el derecho humano a la comunicación de forma libre si permitíamos la existencia de unos pocos grupos empresariales que tomaran decisiones diariamente sobre aquello sobre lo cual debíamos informarnos. La existencia de voces múltiples “de hecho” no contaba con un derecho que asistiera a las mayorías en la mayoría de las regulaciones democráticas del continente. Ya desde los sesenta y setenta distintas voces en el continente habían alertado sobre esta dinámica.

Asistíamos así a un escenario mediático creciente, diversificado, en el cual muchos actores no lograban decir su palabra sin ser perseguidos. Pero esa voz estaba ahí, y desde la comunicación popular existía un registro histórico, milenario: el vecindario que narra su cotidianidad a través de la palabra que circula oralmente; las fiestas, celebraciones y ferias; las manifestaciones políticas con su potencial transformador, de demanda y reclamo; el graffiti, las agrupaciones de carnaval, las prácticas que desde siempre, han habitado nuestras sociedades.

Con el nuevo siglo la comunicación democrática avanzó unos pasos firmes hacia otro escenario en materia de derechos. Muchos de nuestros países dieron un giro político hacia experiencias de mayor cercanía con las demandas sociales, y generaron políticas de gobierno que retomaron esas propuestas de ampliación de escenarios comunicativos en favor del reconocimiento del sector social de la comunicación -comunidades indígenas, asociaciones, fundaciones, cooperativas, entidades sin fines de lucro en general- para obtener licencias de pleno derecho. Así -y no sin dificultades, avances y retrocesos- mejoraron las condiciones para que montar una antena y un transmisor ya no fuera un sueño

3 Nos referimos al maestro francés -a quien conocemos a través del maestro Mario Kaplún- que en la década del veinte del siglo pasado creó las primeras experiencias de comunicación educativa, como parte del enfoque de la Escuela Nueva.

sino una realidad. Como se ha señalado en otros trabajos, la confluencia entre los intereses de las organizaciones, movimientos sociales y gobiernos fue la clave para hacer de la comunicación un proceso más amplio, extendido, posible de ser ejercido por sujetos más plurales y diversos.

Sin embargo, hay que decir que los procesos donde se vivió ese cambio de paradigma duraron relativamente poco. Las razones pueden ser múltiples y discutibles: las propias deficiencias de los procesos de cambio y sus alianzas; la magnitud real de un poder económico que, también a través del discurso y la acción política y de presión permanente va permeando el humor social y la sensibilidad popular; pero especialmente un factor determinante que ya estaba presente pero hoy se ve con mucha más claridad: los cambios sociales producto de las grandes transformaciones tecnológicas. La aceleración en el avance de grandes corporaciones de desarrollo de tecnologías -plataformas digitales, desarrolladoras de inteligencia artificial, productoras de contenidos mediáticos a través de internet, dicho genéricamente- arrasó como un *tsunami* en nuestras sociedades actuales.

El aumento acelerado de las asimetrías comunicacionales

¿Cómo se actualizan hoy las teorías de la comunicación que hemos estudiado en todos estos años, y han logrado explicar los procesos de significación, de construcción del sentido, de influencia de los medios en el humor social, en la sensibilidad, en la construcción de agenda, en la definición del voto en una contienda electoral, en definitiva en los modos en los cuales la ciudadanía, la gente de a pie, quienes toman decisiones en diversos ámbitos, se construye una imagen del mundo y actúa en consecuencia? ¿Han quedado obsoletas las formas tradicionales de entender a la comunicación, los medios y las tecnologías de la información? ¿Necesitamos nuevos modos de comprensión? ¿Cómo los vinculamos con la acción concreta? ¿Dónde y cómo podemos intervenir desde la comunicación para gestar, producir y sostener experiencias de cambio en favor de intereses no sectoriales sino de mayorías? ¿Qué significan las *mayorías* en tiempos de fragmentación, personalización y polarización creciente?

Si hace veinte años quienes consideramos a la comunicación como un derecho humano buscábamos ampliar los espacios para la palabra tomando posición desde los movimientos sociales, ejerciendo un reclamo concreto al Estado para que equilibre las relaciones de poder en relación con los grupos de comunicación concentrados -en su mayoría nacionales, expandidos desde su origen mediático hacia otros negocios incluido internet- hoy la batalla es mucho más desigual. Ya no solamente disputamos las audiencias de nuestras radios con las emisoras privadas que producen información en nuestra misma franja horaria, como fue quizás hasta fines de la década de los noventa. Los medios públicos estatales ya no intentan construir discursos que reivindican valores

nacionales y populares oponiéndose a la mirada crítica de los medios privados, especialmente sobre sus gestiones de gobierno, como hasta hace poco tiempo atrás. Los mismos sectores privados de la comunicación locales y de origen nacional se encuentran en disputa con corporaciones globales con influencia en internet 24/7, entonces buscan consolidar su poder para conseguir cuotas de mercado a partir de nuevas regulaciones regresivas, valiéndose también de beneficios por parte del sistema judicial. La asimetría de poder en materia comunicacional hoy es tan evidente, que las corporaciones globales ni siquiera están reguladas por parte de los gobiernos: en la gran mayoría de nuestros países -salvo pocas excepciones- legislaciones que pongan límites claros al uso de plataformas digitales, a la difusión de noticias falsas, a la creación de operaciones políticas mediante soportes informativos, a la creación de imágenes y videos a través de inteligencia artificial suplantando identidades, entre otros fenómenos preocupantes de la época.

Producir teoría desde las prácticas

Surgen así nuevas preguntas. ¿Cómo actualizar, desde una perspectiva crítica latinoamericana, las matrices teóricas de la comunicación para comprender e intervenir profesionalmente en un escenario caracterizado por el avance de nuevos procesos de concentración comunicacional y tecnológica? Nuestras matrices para pensar y hacer comunicación no han perdido vigencia, pero requieren ser puestas nuevamente a trabajar sobre un escenario en el cual las relaciones entre comunicación y poder ya no pueden comprenderse únicamente desde los sistemas mediáticos tradicionales. La expansión de las plataformas digitales, la concentración de infraestructuras, datos y capacidad de procesamiento, la creciente incidencia de los algoritmos sobre aquello que vemos y conocemos y el desarrollo acelerado de la inteligencia artificial configuran nuevas formas de desigualdad comunicacional. Las disputas por la hegemonía se producen hoy también sobre las arquitecturas tecnológicas que organizan la circulación, la visibilidad y la experiencia social.

Actualizar nuestras matrices no significa, entonces, sustituir unas teorías consideradas antiguas por otras supuestamente nuevas. Significa recuperar la posibilidad de producir conocimiento desde la lectura crítica de las prácticas y los procesos históricos concretos. Conceptos como hegemonía, mediaciones, derecho a la comunicación, concentración, comunicación popular, recepción o construcción de agenda continúan siendo productivos si somos capaces de interrogarlos desde las transformaciones del presente. La concentración mediática debe ser pensada también como concentración tecnológica e infraestructural; la construcción de agenda debe dialogar con las nuevas formas de jerarquización algorítmica de la información; la recepción, con sujetos que simultáneamente consumen, producen, hacen circular contenidos y generan

datos; y el derecho a la comunicación, con debates acerca de la soberanía tecnológica, informacional y cognitiva.

Pero las nuevas categorías que necesitamos tampoco surgirán solamente de observar el funcionamiento de las grandes corporaciones tecnológicas ni de importar conceptualizaciones producidas en los centros globales. Deberán construirse también reconociendo las experiencias, resistencias, apropiaciones, saberes y formas de organización que se producen desde América Latina. Preguntarnos qué hacen las plataformas con nuestras sociedades resulta imprescindible, pero también debemos preguntarnos qué hacen nuestras sociedades con las plataformas, cómo las incorporan, las resignifican, las disputan y, eventualmente, qué otras formas de comunicación, encuentro y organización no se rigen por la lógica del algoritmo sino por otros códigos, lenguajes y vínculos.

Este desafío tiene consecuencias directas para la formación de comunicadores y comunicadoras. Uno de sus principales retos consiste en superar una dicotomía que ha atravesado históricamente nuestros procesos educativos: la separación entre teoría y práctica. No se trata de optar entre una formación teórica, supuestamente alejada de los problemas profesionales, y una formación práctica orientada exclusivamente al dominio de herramientas y tecnologías. La práctica sin capacidad de conceptualización corre el riesgo de adaptarse de manera acrítica a las condiciones existentes; la teoría desvinculada de las prácticas pierde, en cambio, su capacidad para interpretar procesos concretos y contribuir a transformarlos. Percibir las sensibilidades, las formas de comunicación interpersonal, cara a cara, también forma parte del juego.

Formar comunicadores implica, desde esta perspectiva, construir situaciones en las que hacer, pensar, analizar e intervenir formen parte de un mismo movimiento. Las teorías deberían permitir nombrar problemas que en la experiencia cotidiana aparecen naturalizados, reconocer relaciones de poder y formular preguntas nuevas; las prácticas, por su parte, deberían tensionar esas categorías, mostrar sus límites y producir conocimientos capaces de enriquecerlas o modificarlas. Una tarea central de la formación consistirá precisamente en hacer hablar a esas *teorías mudas* de las que hablamos anteriormente: reconocer qué concepciones sobre la comunicación, los sujetos, el poder, las tecnologías y la sociedad están presentes en nuestras prácticas cotidianas.

Frente a un mercado que demanda comunicadores *multitarea* capaces de adaptarse rápidamente a nuevas aplicaciones, plataformas y formatos, las instituciones educativas no pueden limitarse a acompañar esa aceleración mediante la incorporación permanente de nuevas herramientas. Manejar tecnologías forma parte del oficio, pero resulta insuficiente. Necesitamos formar profesionales capaces de comprender críticamente las condiciones en las que esas tecnologías son producidas y utilizadas, reconocer los intereses que

intervienen en su desarrollo, analizar sus consecuencias sociales y políticas y tomar decisiones acerca de cuándo, cómo, para qué y para quién utilizarlas.

Podemos identificar, en ese sentido, algunos ejes centrales para esta formación: la lectura crítica de los procesos sociales y comunicacionales; la capacidad de analizar las nuevas configuraciones del poder mediático, tecnológico y algorítmico; la comprensión de las culturas y territorios concretos en los que se interviene; la producción y gestión de proyectos comunicacionales colectivos; la apropiación crítica y creativa de tecnologías; la reflexión ética sobre las propias prácticas; el reconocimiento de la diversidad de saberes y experiencias; y la capacidad de imaginar y construir alternativas. No como un inventario cerrado de competencias individuales, sino como lo que, pensando en la metáfora de un viaje, puede constituir *un equipaje teórico, político, metodológico y práctico* que permita desplazarse por escenarios cambiantes sin perder la capacidad de interrogarlos y modificarlos.

En ese *equipaje* debería ocupar también un lugar central la capacidad de comprender, disputar y formular políticas públicas de comunicación. Reconocer marcos regulatorios, identificar derechos vulnerados, intervenir en debates sobre plataformas, inteligencia artificial, datos e infraestructuras y construir propuestas de regulación democrática forman parte hoy del ejercicio profesional de la comunicación. Porque el Estado sigue siendo un actor estratégico para dar esta disputa en representación del conjunto de la sociedad y velar por sus intereses. Resulta difícil imaginar procesos de democratización exclusivamente a partir de las capacidades individuales de usuarios, organizaciones o medios. La experiencia latinoamericana muestra que la ampliación de derechos comunicacionales ha requerido históricamente de la articulación entre organizaciones sociales, movimientos populares, universidades, medios comunitarios y políticas públicas capaces de modificar relaciones de poder profundamente desiguales.

En este punto vuelve a aparecer una dimensión constitutiva del pensamiento latinoamericano en comunicación: conocer la realidad no puede desligarse de la voluntad de intervenir sobre ella. La formación profesional requiere recuperar esa vocación transformadora, y así desarrollar la capacidad de formular problemas, reconocer actores e intereses, producir conocimiento situado, construir vínculos y diseñar estrategias colectivas de intervención. Frente a un escenario que promueve respuestas inmediatas, personalizadas y automatizadas, formar comunicadoras y comunicadores supone también recuperar tiempos y espacios para la conversación, la escucha, la reflexión y la producción colectiva de conocimiento.

Volvemos así al punto de partida: entender a la comunicación como un territorio de intervención para la transformación social. La tarea del pensamiento crítico latinoamericano no consiste simplemente en describir las nuevas formas de dominación ni en observar desde afuera las transformaciones tecnológicas. Consiste en reconocer las relaciones de poder que organizan

nuestra experiencia contemporánea y, al mismo tiempo, las prácticas sociales desde las cuales es posible disputarlas. Producir nuevas teorías, formar comunicadores capaces de intervenir y construir nuevas narrativas y experiencias políticas emancipadoras son, desde esta perspectiva, partes de una misma tarea.

Bibliografía

- Alfaro, R.M. (1990): *Cultura de masas y cultura popular en la radio peruana. Diagnóstico para construir una alternativa radial*. Ed. Tarea/Calandria, Lima, Perú.
- Da Porta, Eva (2018): "Comunicación/Educación: desafíos de un campo en tiempos revueltos". *REVCOM*, Año 4, Número 7.
- Mata, M. C. (1989): "Radio y públicos populares". *Revista Diálogos de la Comunicación*, FELA-FACS, Lima, Perú.
- Martín-Barbero, J. (2002): "Tecnidades, identidades, alteridades: desubicaciones y opacidades de la comunicación del nuevo siglo", en *Diálogos de la comunicación*, Guadalajara: ITESO.
- Uranga, W. (2019): "Comunicación, incidencia política y planificación". *REVCOM*, Año 4, Número 8.